

Van boletín n° 18 Enero de 2000

Un buen calculador
La madre de las almas
María, Madre de los hombres
María, Madre de Dios
María y los dolores de Van
Carta a **Sau**

Durante la época de Navidad, la liturgia de Nochebuena nos alegraba con las palabras de Isaías: “Se nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo, recibió el poder en los hombros y se le dio este nombre: Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz”... (Is. 9, 5-6, según la Vulgata)

“Padre del siglo venidero”; en efecto Jesús vino a inaugurar un período nuevo, el de la edificación del Reino de Dios. En estos principios del año 2000, que provoca tantos comentarios y suscitó tantas ilusiones, el Santo Padre convida a todos los cristianos a la alegría por la apertura del gran Jubileo que hace entrar la Iglesia en el tercer milenio. En albores del siglo venidero, entremos en la alegría de Jesús, la del don y del perdón, de la conversión y del reparto, de la esperanza y la confianza en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El mismo Van se había planteado preguntas sobre el año 2000. En el último boletín, oímos a la Santísima Virgen corregirle las ideas con la firmeza y la delicadeza de una mamá: no tengas miedo, tu misión es rezar, Dios proveerá a lo demás. Este boletín, más especialmente dedicado a la Santísima Virgen, Madre de Dios y Madre de los hombres, es como una invitación a la confianza. Mil gracias al Padre Jacques-Marie Guilmard, monje de Solesmes, a quien debemos estas páginas.

Que les traiga este año alegría, felicidad y santidad, bajo la protección muy materna de María. En los días más sombríos, que Van esté junto a cada uno de nosotros para ayudarnos a convertir “el dolor en alegría”, como una “luz que sale entre las tinieblas, entonces la oscuridad será para ti como la luz del mediodía” (V. Is. 9, 1-2)

Padre Olivier de Roulhac m.b.

Van y María Un buen calculador

Para todo, Van es concreto. Incluso al amar, cuenta. Pero cuenta como los enamorados. En su caridad, encuentra de nuevo con naturalidad todas las verdades de la fe y de la Iglesia. El 3 de enero de 1946, dice Van a María:

“Deseo amarte tanto como te ama el niño Jesús; y por eso, ya te amo dos veces como Él. Déjame que calcule para darme cuenta. Primero, te quiere el niño Jesús, ésta es mi primera parte; después mi deseo de amarte tanto como te quiere el niño Jesús es mi segunda parte.

Estas son pues, dos partes: la del Niño Jesús y la mía. Madre mía, haré lo mismo en el cielo...” (Col. 246-247)

El 4 de enero de 1946, repite Van:

“Te amo mucho. Te amo dos veces tanto como el Niño Jesús, diré incluso tres veces, ya que te amo también con mi hermana Teresita” (Col. 249)

¿Qué enseñanza cabe en estas pocas palabras, al parecer tan corrientes? La caridad es un bien que no se encierra en una persona, ni siquiera en la Santísima Virgen. No hay que temer amar a María, como si estuviera Jesús frustrado por ello.

Amar a Nuestra Señora, es amar a los que ama ella y a aquellos con los que esta cuida, y en primer lugar, su Hijo. Además, la caridad se acumula de paso. Este es uno de los sentidos de la “comunidad de los santos”. En el campo material; si posee un hombre un bien, los demás están privados de él. En el campo espiritual, todo puede ser común de todos y el gran número de participantes enriquece a todos. Así se explica la palabra de Jesús: “ Allí donde están reunidas en mi nombre un par de personas, yo estoy con ellas” (Mt 18,20)

Van da una respuesta a aquellos que se preocupan por la devoción a María como si fuera un obstáculo para la devoción a Cristo. Jesús es el principio de todo amor; Él es quien hace amar; Él es el término; el amor de Jesús supera cualquier otro amor. Pero la caridad es siempre universal y el amor que se tiene para uno incluye todos los otros. El amor para con María alcanza muy particularmente a Jesús.

Sí, ¡Van es un buen calculador!

¿Madre o Reina?

Van: Madre mía María, duerme el Niño Jesús, pero tú, sigues estando conmigo. Te amo mucho, y en unión con tu corazón amante, amo al Niño Jesús. Madre, los santos y las santas saben darte títulos variados, pero yo, sólo puedo llamarte simple y llanamente con el nombre de Madre, de Madre de las almas. María, eres mi Madre, y en el cielo, te daré como en la tierra el nombre de Madre. No quiero llamarte “Reina”, ni “Nuestra Señora”. Para hablarte y nombrarte, sólo sé usar el único nombre de Madre (Col. 245)

Van prefiere usar el vocativo de “Madre” para María. Imita en esto a Santa Teresita quien escribe:

“¡Qué alegría pensar que esta Virgen es nuestra Madre!” (Carta a un misionero, 9 de mayo de 1897) “Bien se sabe que la Santísima Virgen es la Reina del cielo y de la tierra, pero es más Madre que Reina” (últimas conversaciones, 23 de agosto de 1897).

Van es algo rígido en sus opiniones. Su hermana mayor era más matizada: Madre más que Reina, pero sin excluir la realeza de María. Veamos lo que escribía San Alfonso de Liguori a propósito de la Salve, en su obra “Las glorias de María. Comenta el fundador de los Redentoristas la invocación inicial según su fórmula primitiva, en la que faltaba la palabra “Madre”: “Salve, Regina misericordiae. Te saludamos, Reina de misericordia”

Siendo Jesús rey del universo, del universo también es la reina María. Seguid, María, seguid con confianza ejerciendo vuestro poder soberano; no dudad, actuad en reina, disponiendo de vuestro hijo según vuestro gusto. Sois la madre y la esposa del Rey del universo, a vos el derecho de reinar, a vos la potencia soberana sobre todas las criaturas” [...] “María, pues, es Reina. Pero sepámoslo bien para nuestro común consuelo, es una Reina buenísima, muy clemente, sólo propensa a hacernos el bien, a nosotros miserables”.

Veinte años después de Van, el 21 de noviembre de 1964, pedirá Pablo VI° que se use preferentemente el nombre de “Madre” para la Santísima Virgen. Pensaba el Papa en un

vocablo usado por toda la Iglesia ya que estaba proclamando a María Madre de la Iglesia. He aquí lo que escribe:

“Queremos que, en adelante, con tal título muy cariñoso la Virgen sea aún más honrada e invocada por todo el pueblo cristiano. Se trata de un título, venerables hermanos, que no es nuevo para la piedad de los cristianos; incluso con este nombre propiamente de Madre, preferentemente que cualquier otro, es como quieren los fieles y toda la Iglesia dirigirse a María. Pertenece este título en verdad a la auténtica sustancia de la devoción a María, encontrando su justificación en la misma dignidad de la Madre del Verbo Encarnado.”

Siendo María la Madre de Dios, el término de Madre para hablar de ella tiene un sentido muy amplio: es esencialmente Madre. No sólo esto es la Santísima Virgen. Es también la Mujer, esposa - modelo de la Iglesia que se une a Cristo, su Esposo. Para Van, cuya misión atañe muy especialmente a los niños, ve en María sobre todo la Madre. Tiene razón, porque es esencialmente Madre en todas las funciones que ejerce sobre los hombres y la Iglesia.

María es “Reina” por su maternidad. Es “Nuestra Señora” maternalmente y es “Madre” realmente.

¿Cuál es el sentido de las expresiones que descarta Van? El primer término, “Nuestra Señora”, es el femenino de “Nuestro Señor”, con una connotación tierna y respetuosa. Aunque se acabó aquella época y dicha manera de hablar haya sido adoptada por todas partes por el mundo, queda acuñada por este sentido francés castizo que puede quedar incomprensible para un extranjero. Tiene María un poder equivalente al de Cristo. Su señorío no es más fuente de temor que el ejercido por el Señor: es materno. Indica esta expresión, al parecer, como nosotros vemos a María: el movimiento se dirige desde nosotros hacia ella. La otra expresión, “Reina” es más general y nos muestra la universalidad de María. Se dirige ya el movimiento desde ella hacia nosotros.

La madre de las almas

Van desconoce las abstracciones o lo que pueda sugerir una abstracción. Nada de teología especulativa. Para él, María es su madre, la madre de las almas. La madre de los cristianos. Comprende la acción de María como una multiplicación de su acción sobre cada uno: así es como actúan las madres. El amor de una madre está todo en cada uno de sus hijos y el ser ellos muy numerosos no merma este amor. Como buen vietnamita, Van es “personalista” lo es a modo de los niños. Nada de concepto amplio, sino trato de una persona con otra persona. Para él, la Iglesia es el conjunto de los hijos de María lo que al fin y al cabo, es una definición excelente. Pero, en Van, este modo de ver no impone ningún límite a la acción materna de María. Su vigilancia abarca la Iglesia, toda la humanidad (en que tiene claro, el Vietnam, el puesto preferente). María es madre de la Iglesia.

María, Madre de los hombres

En estos principios del Jubileo de Cristo, nos introduce María en el misterio de su Hijo, es la verdadera madre. Se halla tan próxima a su Hijo, que es perfectamente apta para hacérselo imitar su manera de cooperar a nuestra salvación es múltiple. Aquí, María subraya que su papel es convidarnos a la oración, ser testigo del verdadero amor de Jesús por el mundo.

“ María: Marcelito mío, si te doy a conocer estas cosas, es con el único propósito de exhortarte a la oración. Reza, hijo mío, pues la oración es algo de primerísima necesidad; en ella quiero que te apliques desde ahora sobre todo los primeros sábados del mes. Di y repite a todos que con el firme fundamento de la oración es como se establecerá mi reinado

en este mundo. Si se reza poco, será poco duradero mi reinado en este mundo; en cambio, cuanto más se rece, tanto más firme y duradero será mi reinado. Nenito mío, si es poco firme mi reinado en este mundo, tampoco podrá ser de verdad firme el reinado del amor de Jesús. Siempre, en efecto, quiere el niño Jesús que quede por el mismo lado que Él, para atestiguar su verdadero amor por el mundo. Nenito mío, ¿podrá haber por el mundo una felicidad comparable con la de poseer una Madre con el corazón lleno de compasión como el mío?...

Hijo mío, dame el nombre de Madre del universo, ¿verdad? Hijos míos, os amo más que a mi misma, incluso más que al niño Jesús. En efecto, si no hubiera amado los hombres más que a Jesús, ¿qué me obligaba a que os aceptara como a mis hijos, vosotros los hombres pecadores? Si me hubiera contestado con aceptar sólo a Jesús como a mi hijo, no hubiera podido nadie reprochármelo; sin embargo, por piedad por vosotros, los hombres, no desdeñé aceptar también por mis hijos y con todo el amor de Jesús fue como os amé yo misma.

De no ser Dios Jesús, y un Dios infinitamente justo, ciertamente me reprocharía no amarlo a él sólo, sino prodigar también todo mi amor a los hombres. Si no deja parecer en este caso ningunos celos Jesús quien es sin embargo el Dios celoso, ¿cuándo, pues, lo hará? Añado también que Dios tampoco me obligó a aceptar la carga de ser la madre de los hombres, sino sólo la de cooperar a la obra de salvación del mundo, de modo que si no hubiera querido aceptar los hombres como a mis hijos, no hubiera fallado en nada, ante Dios ... Querido hijo mío, si no entiendes nada de lo que te digo, ¡qué más da! El papel tuyo es escribir; conténtate, pues, con escribir, y basta ...

Con el propósito de manifestar más claramente su misericordia para con el género humano, y queriendo que coopere de modo más evidente a la obra de redención de los hombres, Dios me legó a vosotros como Madre, para que comprendáis que su amor por la humanidad es de verdad sin límite. Acepté, pues, ser la Madre del mundo, para dar a conocer a los hombres el amor que Dios les dirige, de modo que todo el amor que dirijo a Jesús, se une con el amor que tengo por los hombres, mis hijos . . . y si Jesús quiere establecer mi reinado por el mundo, tras el reinado de su amor, es también para que el mundo vea claramente su inmensa misericordia por los hombres.

Hijo mío, no te preocupes sino entiendes nada de lo que te digo. “Jesús barbudo Él, entiende muy bien. Además, el papel tuyo no es entender. Permanece alegre. Ama mucho al niño Jesús y reza ... mucho. Déjame que te dé unos besos, y te abrigue del todo con mi manto junto al Niño Jesús ... ya ha pasado la hora. Véte a relajarte. Soy de verdad tu Madre, sigo contenta contigo...”

El bien atrae y suscita el amor. Ama a una persona con muchas cualidades o sea, querer su verdadero bien, es fácil se dirige uno hacia ella espontáneamente para prestarla mil servicios. Así, a María no le costaba amar a Jesús. Pero para amar a alguien imperfecto, para acudir a actuar en su favor, hace falta más generosidad. En este sentido dice la Santísima Virgen que no ama más que a su Hijo. Cabe añadir que nos ama no sólo con su propio amor, sino con el amor que tiene Jesús por nosotros según lo que se ha dicho acerca de los cálculos de Van.

Dice María a Van que Dios le pidió colaborar a la salvación de los hombres, pero que su maternidad respecto a la humanidad más estaba vinculada a su buena voluntad.

El sentido de las palabras de nuestra Señora puede comprenderse de varias maneras. Propongamos la siguiente participación de María en nuestra salvación habría podido limitarse al hecho de dar a luz a su Hijo divino y acompañarle en la Cruz para cooperar a

nuestra salvación. Pero Dios le propuso proseguir sin fin en acción materna. En la realidad, aceptó Nuestra Señora el plan de salvación en su totalidad con un único ímpetu, lo que implicaba que aceptara ejercer una maternidad para todos los hombres: por eso ya son inseparables ambos aspectos de la acción de María. De estar separados, nuestra salvación habría perdido algo de su perfección.

Cooperó María a nuestra salvación de un modo materno.

Su acción materna es su manera de cooperar a nuestra salvación aún hoy día y para la eternidad.

El aspecto materno del amor de Dios por nosotros se manifiesta muy especialmente por María. No conocerán nada de nuestra fe muchos hombres heridos por la vida sino María.

En la encuesta preparatoria al Concilio Vaticano II^o, había planteado esta pregunta el arzobispo de Dublín: “¿Qué cabe pensar de aquellos fieles, para los que el eje de la religión católica, en derecho es Jesucristo, y , en la realidad, es la Virgen María?” La respuesta es muy sencilla tan profunda, tan verdadera: Nos dio Jesús a su Madre para ser la estrella que nos guía hacia él y María está tan unida con Jesús que, al darse uno a ella, está en la realidad con Jesús. No aparta la Santísima Virgen a los fieles de la verdadera devoción a Cristo. ¿Cómo temer una devoción que Dios mismo quiso por nosotros.

No puede tener celos. El papel de María en nuestra salvación y en nuestra vida cristiana se integra en la Revelación: Madre de los hombres, Madre de la gracia.

María, la más bella de las madres la que nos remite a nuestra madre, la que trasciende todas las madres. Muchas personas carecen de un padre, muchas carecen también de la ternura de una madre. Es asombroso ver como en muchas es espontánea y profunda la devoción a Nuestra Señora. Los sacerdotes son los testigos maravillados de la acción de Nuestra Señora en el corazón de los hombres en la actualidad.

“Mi verdadera madre debe escuchar todas mis menudencias cotidianas”

Van: María, Madre mía, ya que aún se me permite charlar contigo ahora, voy a hablarte, ¿quieres? Madre, ¿consientes a escucharme? Incluso si no quisieras escucharme, sin embargo tendrías que oírme pues al oírme susurrar sin cesar al oído, incluso si no quisieras contestar favorablemente a mis plegarias, al menos tendrías que resignarte en escucharme.

Pero, Madre, ¡qué disparate acabo de decir! ¿Cómo pasaría que no estuvieras contenta con escucharme? Muy bien sé que mi verdadero Padre y mi verdadera Madre siempre están dispuestos a escuchar los detallecitos de cuanto les cuento. (Col. 347)

Está decidido Van a dialogar familiarmente con María, como le enseñó Teresita a hablar sin reserva con Jesús de los más mínimos detalles de la vida cotidiana. Recuerden las almas para quienes la oración es un ejercicio desconocido o penoso que consiste la oración en dirigirse de verdad primero hacia María, luego en dejar a su corazón que hable como habla un niño a su mamá.

María, Madre de Dios

Van: Madre mía María, quería preguntarte algo, y siempre se me olvida. Déjame que lo piense primero un poquitín, para recordármelo.

¡Ah! Ya está. Madre, ¿cómo pasa que haya gente quien diga: “No podemos creer que “María sea Madre de Dios”; en efecto, el ser una criatura humana la Madre de Dios, es algo tan fuera de la razón, que no lo podemos creer”.

María: Bien, querido “quisquilloso” mío, voy a contestar a tu pregunta. Lo que afirma esa gente es muy justo. Dice que es algo fuera de razón, pues realmente no existe ninguna razón adecuada para explicar este misterio; siendo aún este mundo muy pobre de razón, sólo el Amor puede conseguir desentrañarle. Si la gente no puede creer, es porque carece de humildad. Al ver yo misma a Dios rebajarse hasta hacerse hombre, también lo encontré misterioso, hasta incomprensible. De no haberme dado el verdadero Padre la humildad, tampoco yo jamás hubiera podido creer en este misterio. Querido niño mío, sólo queda un único remedio para llevar esa gente a que comprenda: darle a conocer que en Dios el Amor no tiene límites, es de una profundidad insondable y que, por consiguiente, es un misterio que yo misma no comprendo, cuanto más, los hombres ...

Hijo mío, el espíritu humano es muy corto de luces; incluso es incapaz de comprender el Amor que Dios dirige a un simple grano de arena. Si, pues, con todo esto, se atreve el hombre a escudriñar el Amor inmenso que Dios dirige a la humanidad, hazle esta pregunta: “Hombre, ¿eres capaz de comprender la grandeza del Amor de Dios por un simple grano de arena?” Si consiguiera uno comprenderlo, podría también comprender cuanto hizo el Señor en mí, a favor de los hombres.

Nenito mío, basta, ya casi ha pasado la hora. Ve en paz (Col. 396-397)

Que Dios se rebaje hasta la humanidad, y que se tome a una mamá entre nosotros, creemos que es contrario a la razón. En realidad, no se opone a la razón sino que la sobrepasa: es un misterio.

Explica María a Van que sólo el Amor puede desentrañar este misterio. En efecto, la inteligencia entiende las cosas, las hace suyas y las reduce a su pequeñez. Mientras que el Amor dilata el corazón hacia el ser amado. Frente a un misterio que nos sobrepasa, sólo una mirada de amor abierta a lo infinito puede entrever las maravillas que contiene. Pero en el caso del rebajamiento de Dios, también es necesaria la humildad. Pues el orgullo se cree tan superior a todo que no puede concebir que alguien se rebaje; aún más, le escandaliza el rebajamiento de Dios. Al contrario, una persona humilde quiere cualquier cosa, hasta la más diminuta, ya que está a su nivel. Poco se extraña de que Dios tenga un amor semejante que le impulse hasta identificarse a la bajeza del hombre.

María y los dolores de Van

Jesús ¡Ah! Marcelo, me agradan mucho tus pequeños sacrificios. Aún deberé sufrir mucho, pero no te preocupes. Acuérdate de que hoy es el aniversario del día en que te di a mi Madre María, para que fueras su verdadero hijo; también es el día en que a ti te di María mi Madre para ser tu verdadera Madre.

Encontrándome entonces en presencia de mi Madre, padecía gozoso. En aquel momento en que todas las criaturas del mundo parecían haberme abandonado, sólo quedaba mi Madre María para consolarme. Hasta Dios Padre parecía ya no querer mirarme; pero no dejó de mirarme mi Madre María hasta el momento en que dejé de sufrir. ¡Oh! Hermanito, María es tu verdadera Madre, tanto como la mía. Al verte sufrir, está más cerquita de ti para consolarte, mientras tú también no dejes del todo de padecer. María, eres la verdadera Madre de Marcelo, la verdadera Madre de todas las almas; no te apartes nunca de tus hijos

...

Marcelo, María es tu verdadera Madre, y tú, eres su verdadero hijo. Piensa siempre en ella; ella te comprende mejor de lo que te comprendes a ti mismo, conoce tus dolores, siempre está junto a ti, elevándote sin cesar en sus brazos y comiéndote a besos ...

Hermanito, por fuertes que sean tus dolores, acuérdate siempre que yo también padecí, pero que me consoló María. Pasará lo mismo contigo. Jamás se apartará de ti María en tus dolores. Por otra parte, cuando padeces, otra vez es ella la que tiene que padecer más, ya que es tu Madre (Col 479-480 - Viernes Santo de 1946)

La última frase de Van da una ¿???? para tratar y no para comprender el misterio del dolor de los inocentes. Muchas veces consideramos el dolor de los niños y de los inocentes como el dolor absoluto, gratuito, sin explicación posible: por una parte, no son culpables, por otra no pueden convertir su dolor en sacrificio. Explica Jesús a Van que María sufre más que los que sufren, que el dolor de los inocentes es primero y sobre todo el dolor de María, su Madre (no cabe duda de que es, primero, el dolor del mismísimo Jesús). Pero, en su dolor, se encarga María de los inocentes, se convierte por ellos en fuente de vida eterna según un pacto espiritual. El dolor de todos los “Van” del mundo y el de María requiere de los hombres y las mujeres de buena voluntad que obren “secando las lágrimas y curando las llagas” según la expresión de Pablo VI°.

Una misión cerca de los Apóstoles Del Amor de María

En sus coloquios, recibió Van una misión de María. En la tierra, consiste en rezar y sacrificarse por los Apóstoles del Reinado de su amor, no es ser él mismo el misionero de dicho amor.

El papel de Van es de por sí universal y abarca toda la Iglesia. Son los primeros destinatarios de su acción:

- los sacerdotes que difunden el amor de Dios,
- los niños, objeto privilegiado de dicho amor
- Francia, amiga necesaria del Vietnam

A veces, los adultos no aceptan ser guiados sino por niños. Habrán padecido

demasiado por parte de personas mayores como ellos para dar confianza a otras. ¡Ojalá sea Van nuestro modelo, nuestro guía y nuestro intercesor. Habremos de volver a tratar este tema esencial.

Al proponerle María a Van que participe en extender el Reinado de su Amor él acepta con toda el alma, sin darse cuenta de que el Reinado de María por el que debe obrar, hace de María una Reina . Van posee la lógica de los niños, que por todas partes hacen suyo lo bueno, sin pensar en una visión de conjunto. Sólo consideraba en María su Madre, pero se pasará la vida terrenal y en el cielo obrando a favor del Amor.

Habría intentado un adulto yuxtaponer mejor las partes. El testimonio de Van tiene todas las apariencias de la verdad. ¡Maravilla de ingenuidad y de gracia!

Cuanto mayor debe ser nuestra confianza En María tanto que es nuestra Madre

Ni piadosa imaginación, ni vana ilusión es la que impulsa a los devotos de María a que la llamen su Madre. Parece que no puedan invocarle de otro modo ni llenarse al darle un

nombre tan cariñoso. ¡Oh! Sí, es María verdaderamente nuestra Madre, no según la carne, sino según el espíritu, la Madre de nuestras almas y de nuestra salvación (...)

En dos circunstancias, pues nos lo enseñan los Santos Padres. María se volvió la Madre de nuestras almas. Primero, cuando mereció concebir en su seno virginal al Hijo de Dios (...) Cuando, en su Anunciación, da la Santísima Virgen su asentimiento que esperaba el Verbo eterno para hacerse su Hijo, entonces, dice San Bernardino de Siena, “por aquel mismo consentimiento y con extraordinario ardor, pidió nuestra salvación y nos la proporcionó. Por aquel mismo consentimiento, se consagró sin excepción a la obra de nuestra Redención, y así, desde aquel momento, nos llevó a todos en su seno como a sus hijos y fue muy verdaderamente nuestra Madre”

Al hablar del nacimiento de nuestro Salvador, dice San Lucas que “María dio a luz a su hijo primogénito” (Lc 2,8). Si afirma el Evangelista, lo nota un autor (San Alberto Magno) que María parió entonces a su primogénito, ¿es de suponer que tuvo después a otros hijos? Pero, añade aquel mismo autor, afirma nuestra fe que según la carne, María no tuvo a otro hijo que a Jesús: según el espíritu fue, pues, como concibió a otros hijos; y esos hijos, somos todos nosotros...

La segunda circunstancia en que María nos dio la vida de la Gracia fue en el Calvario, cuando, con el corazón lleno de un dolor inmenso, ofreció al Padre eterno por nuestra salvación, la vida de su hijo bien amado. Desde entonces, afirma San Agustín, “bien es la madre espiritual de los miembros del Salvador, porque cooperó por su amor a engendrar a los fieles en la Iglesia”, a regenerarnos por la gracia de nuestro jefe, Jesucristo.

He aquí lo que significa, precisamente, este texto del Cantar de los Cantares, aplicado a la Santísima Virgen: “Se me colocó a vigilar las viñas, y la viña mía, no la vigilé”. Para salvar nuestras almas María consintió en sacrificar la vida de su Hijo. Ésta es la explicación del Padre Guillaume: “Para salvar la muchedumbre de las almas, dice, abandonó su propia alma a la muerte”. ¿Cuál era, en efecto, el alma de María, sino su Jesús? Era su vida y su amor. Por eso anunció San Simeón a la Virgen Madre que un día “una espada de dolor traspasaría su alma bendita”. Aquella espada tan cruel fue la lanza que traspasó el costado de Jesús, de Jesús que era el alma de María. En aquella hora, a coste de sus dolores, no dio a luz a la vida eterna y todos, desde entonces, podemos llamarnos los hijos de sus dolores.

Siempre estuvo nuestra Madre muy amante totalmente unida con la voluntad divina. Ahora bien, veía al Padre eterno amar a los hombres hasta querer la muerte de su Hijo por su salvación y al Hijo amarnos hasta querer morir por nosotros. Quiso, pues, y nos avisa San Buenaventura que no se puede ponerlo en duda, “quiso conformarse exactamente con esta sobra de amor del Padre y del Hijo, y dedicó su magnánima voluntad a ofrecer a su Hijo, a consentir que muriese, para que el género humano fuese salvado.

Es de reconocer que Jesús quiso ser el único que muriese por la salvación de los hombres: “solo, dice, estruje las uvas de la prensa” (Is. 63,3). Pero ante el ardor de María, en querer, también ella, consumirse por nuestra salvación, esto decidió: por el sacrificio y la ofrenda de su vida a él, Jesús, cooperaría a nuestra redención, y así se volvería la madre de nuestras almas. Este propósito, lo manifestó Jesús cuando, a punto de morir, desde lo alto de la Cruz, vio a su madre y a su discípulo San Juan, quedándose junto a él. A María primero, le dijo: “He aquí a tu hijo, es decir, he aquí al hombre quien, por la ofrenda que haces de mi vida por su salvación, nace ahora a la vida de la gracia (Jn, 19,26). Con estas palabras, se instituye a María la Madre no sólo de San Juan, sino de todos los hombres; pues como lo expresa San Bernardino de Siena, “aquí San Juan los representa a todos, y de todos se volvió María la Madre por la caridad que les dio”

San Alfonso de Ligorio in “las glorias de María”

Carta a Sau

Del 18 al 25 de Enero de 1948

Querida Sau mía,

¡Hermanita! Estos días, me estoy preguntando porque naturalmente, pienso muy a menudo en ti. Desde aquel día en que vino aquí J. Hien, no tengo ninguna noticia tuya, y, por mi parte, aún no he tenido la oportunidad de mandarte siquiera una de las dos cartas que te escribí y que siguen aún en mi cajón. Siempre que las diviso, doy un largo suspiro y lo ofrezco al Niño Jesús el esposo de mi alma, con la esperanza de que pronto me proporcionará una oportunidad de remitírtelas.

Aunque vive todavía mi madre según la carne, mi situación no difiere de la tuya. Sin ser huérfano ni de padre ni de madre, incluso antes de cumplir los siete años, ya llevaba la cruz del huérfano. Dios permitió que encontrase muchas dificultades sin tener la mano de mi madre según la carne para sostenerme. Sin embargo siempre sentí junto a mí la presencia de una madre espiritual que me seguía con la mirada. Esta Madre, hermanita, no es sino María, nuestra Madre bien amada.

En mis dos cartas precedentes, ya te hablé de esta Madre muy amante pero siempre que pienso en ti, siempre que te hablo o te escribo, no puedo olvidarme de esta madre, ni evitar el recordártela. Hermanita, entre las manos de María fue donde puse mi cruz de huérfano; y ahora, a ella también es a quien ofrezco tu cruz de huérfana, pidiéndole que te guíe como a mí mismo me guió.

Sau, en los momentos en que sientas la ausencia de tu madre, sin duda no podrás evitar el derramar lágrimas; sin embargo, usa el manto de María para secar tus lágrimas y al ver tu ademán, ella comprenderá los sentimientos de tu corazón y no dejará de consolarte.

Después, hermanita, junto a ti, también está Jesús. Fija en él una mirada de fe; te sigue paso a paso, se queda junto a ti para sostenerte en las pruebas, esperando que le des tu corazón. Sau, hermanita mía, no te entristezcas más, ¿oyes? Ofrece a Jesús tu corazón con sus tristezas, y en los momentos en que te sientes sola, acude junto a María y pídele que te envuelva, bien abrigada. Hoy como en el pasado, todas las noches en que me siento triste y abandonado, jamás dejo yo mismo de acudir junto a ella, para ocultarme debajo de su manto; y allí, en vez de mirar a lo vacío, dirijo la mirada hacia María quien me suele contestar con una mirada llena de amor y consuelo. Aunque a veces, al recurrir yo a ella, mi corazón no evita la tristeza, sin embargo, siempre encuentro la paz, pues pienso que mi tristeza, hay una madre que ya la conoce de modo que, aunque estando triste, sin embargo me quedo en paz. Querida Sau, estoy seguro de que si lo que te escribo aquí no puede consolarte, sin embargo te permitirá ver y conocer el lugar en que tu corazón puede encontrar consuelo y apoyo. Por consiguiente, hermanita, no temas recurrir a María y darle tu corazón a Jesús. Pídele a María que estreche el vínculo de tu amistad con Jesús, para que poseas para siempre a un amante que sea para ti un eterno apoyo.

Querida hermanita, recuerda que junto a María es donde aprenderás a amar a Jesús y amando a Jesús es como sabrás amar a María. Yo, por ejemplo, si no estuviera junto a María, jamás me atrevería a acercarme a Jesús; pero porque estoy junto a María, el Niño

Jesús y yo, Marcelito, somos como dos nenitos sencillos y alegres, como dos amigos que se aman uno a otro con un amor a la vez muy intenso y muy íntimo.

Por fin, Sau, al acabármese la mantilla, te deseo un nuevo año lleno de alegría en compañía del Niño Jesús en los brazos de María. Si estás triste, diviértete mirando la sonrisa del Niño Jesús. Pido a mi hermana Teresita que te ayude a quedar siempre alegre con el Niño Jesús.

Monasterio de Redentoristas,

Thai ha Ap, del 18 al 25 de Enero de 1948

J.M.T. Marcel, C.Ss.R.

Testimonios

Mil gracias

Mil gracias por todo esto.

Regalos que son muy hermosos

Direcciones que pegar,

¡No es obra de nenes!

El Vietnam donde mora Van

Nos maravilla de cabo a rabo

Y otra vez mil gracias

Por todo esto.

Marie Herveline Villiaumey

Marie Herveline Villiaumey tiene diez años y **participa en la remisión del** boletín con toda su familia.

El 27 de marzo de 1999

Queridos amigos de Van,

Ahora mismo acabo de terminar “L’Amour ne peut mourir” que me conmovió profundamente. Santa Teresita me guía por su “pequeña vía” desde siempre, aunque me aparté de Jesús durante algún tiempo. Pero sin que lo supiera, estaba presente Teresita, junto a mí, con su hermanito. María fue quien los mandó para mí y para los jóvenes de todo el mundo.

Ambos están unidos en los corazones de María y de Jesús. Obtuve inmensas gracias de parte del Señor por la intercesión de María. El descubrimiento de Teresita y Van se integra en estas gracias pues me enseñaron y me siguen enseñando “la pequeña vía” para hacer de mí un apóstol de María.

Benditos sean Teresita y Van.

Stanislas Z.

María, eres mi verdadera madre. Te ofrezco el corazón y el alma. Con tu corazón es como quiero amar a Jesús. Madre, toda alma que a ti se entrega con una confianza total nunca carecerá de nada. Madre, te amo mucho, ten la bondad de ofrecer mi amor a Jesús.

Retiro preparatorio a la toma de hábito.

Estéense pues muy alegres, ustedes quienes son los hijos de María, y sepan que acepta por sus hijos a cuantos lo quieren. Sí, ¡alegría y confianza! ¿Qué temor tendrían a perderse defendidos y amparados por una Madre tan buena?

Los nenitos constantemente repiten al nombre de su Madre. Que les amenace un peligro, que les sobrecoja algún miedo en seguida se les oye exclamar: “¡Madre Madre! María, muy tierna y muy amante. Madre, bien es esto lo que deseáis de nosotros: que os llamemos, vuestros niños de nuevo, en todos nuestros peligros y que recurramos a Vos sin cesar; pues queréis ser nuestro apoyo y nuestra salvación como habéis sido la salvación de cuantos recurrieron a Vos.

San Alfonso de Ligorio

“Las Glorias de María”

Si tiene Ud. Un testimonio que dar, si recibió algún favor por la intercesión de Van, si tiene informes sobre su vida, puede escribir a:

“les amis de Van” ... etc ...

FIN DEL BOLETÍN 18